



SOCIETÀ DEL SACRO CUORE
CASA GENERALIZIA

Ref. N° : 18/60

Roma, 25 de mayo 2018

Queridas hermanas y familia del Sagrado Corazón:

Esta carta les lleva mucho cariño, oración y deseos de felicidad en las fiestas de santa Magdalena Sofía y del Sagrado Corazón, día en que celebramos la esencia de nuestro carisma y, como religiosas del Sagrado Corazón, renovamos nuestro compromiso con nuestra vida y nuestra misión.

Durante los meses pasados, especialmente desde el principio de la cuaresma, el Consejo General y yo hemos estado pensando y rezando sobre la carta para la fiesta del Sagrado Corazón. Esta reflexión, así como nuestra oración y nuestra contemplación, ha tenido lugar en los sitios en los que estamos experimentando la vida diaria, intentando vivir el evangelio a la luz de nuestro carisma, de nuestra misión y de las llamadas del Capítulo mientras visitamos las comunidades de Europa.

Después de año y medio en este servicio a la Sociedad internacional, las cinco nos damos cuenta del don y el desafío que supone para nosotras experimentar la vida de la Sociedad en tantos lugares. Sabemos que estamos en una situación privilegiada que nos ofrece la oportunidad de percibirla en su conjunto. Junto con nuestras hermanas y con los miembros de la familia del Sagrado Corazón, experimentamos la gran alegría y el deseo de una nueva vida, así como la tristeza por su pérdida. Los grandes sufrimientos de las personas con las que vive “nuestra pequeña Sociedad” y a las que sirve –en lugares como Venezuela, Congo e India, donde nuestro pueblo y nuestros amigos sufren persecución y muerte– pueden ser agobiantes a muchos niveles. Al mismo tiempo encontramos nueva vida en muchos sitios, como en Almería en España, en Agrigento en Sicilia, en la frontera entre Estados Unidos y México, donde acompañamos a inmigrantes que buscan una nueva vida, con frecuencia en situaciones muy comprometidas. Vemos nueva vida en los hombres y mujeres que comparten nuestro carisma y nuestra espiritualidad y que asumen el liderazgo en nuestros colegios y en diversos proyectos implicándose en nuestra misión de un modo firme y definido. Acompañamos a las personas y a las provincias que van disminuyendo y el fallecimiento de tantas hermanas queridas nos recuerda que somos mortales. Damos gracias a Dios por tantas personas que cuidan a nuestras hermanas en momentos de debilidad y enfermedad. También vemos señales de nueva vida en las provincias que crecen y en lugares donde pequeños grupos de rscj toman la iniciativa de revitalizar nuestra vida y nuestra misión trabajando por la justicia, la paz y la integridad de la creación.

En un mundo que se tambalea entre la abundancia de riquezas materiales y una pobreza mortífera, en el que los líderes nacionales y las personas en general provocan conflictos en vez de promover la reconciliación y la paz, nosotras, como Sociedad, estamos entrando en un momento decisivo de nuestra historia, un momento en el que cada una está llamada a entrar en el misterio de la vida y de la muerte, a ELEGIR LA VIDA como cuerpo, y todo ello por el bien de nuestra MISIÓN. En realidad, no se trata de un camino nuevo, sino que se ha clarificado, cristalizado y fortalecido por medio de las llamadas, los mandatos y las recomendaciones del Capítulo General de 2016.

Hay tres cosas que me llaman la atención como esenciales en este camino: intensificar nuestra capacidad de escucha del Espíritu, abrirnos al diálogo con los demás y abandonar aquellas preocupaciones, actitudes y elecciones vitales que impiden que nazca una nueva vida.

Al pensar y rezar sobre esta carta, hay tres pasajes del evangelio que no han dejado de hablarme de nosotras como religiosas del Sagrado Corazón y de nuestra familia, que aumenta sin cesar, en este siglo XXI. Me alegra compartir con sencillez mi reflexión y les invito a dedicar un tiempo entre la celebración de la fiesta de Sofía y la del Sagrado Corazón para releer la propia vida en el momento actual, a la luz de esas lecturas, mientras nos preparamos para renovar nuestros votos *de seguir a Jesucristo para siempre en la Sociedad del Sagrado Corazón* y a comprometernos una vez más a ser co-creadoras del futuro, ¡a ELEGIR LA VIDA! Invitamos a la familia del Sagrado Corazón a unirse a nosotras y a renovar su compromiso de vivir nuestra espiritualidad y nuestra misión como laicos, hombres y mujeres, comprometidos.

La primera reflexión es sobre el evangelio de la fiesta de Sofía, que todas conocemos tan bien. Jesús nos recuerda que Él es la vid, la fuente de la vida, y que nosotros somos los sarmientos. Como siempre, el evangelio de Juan nos ayuda a percibir la acción de Dios en nuestra vida. Como aficionada a la jardinería, siempre me ha resultado difícil podar. Me cuesta creer que lo que hay que hacer es cortar las ramas o arrancar las plantas que crecen demasiado juntas. Pero si se quiere alcanzar el objetivo de producir la mejor fruta, hay que podar. Podar los racimos de uvas es un arte, que se hace mejor en tiempo de letargo. El agricultor tiene que discernir qué sarmientos cortar para que los nuevos puedan crecer fuertes. Solo hay que mirar la diferencia entre las vides que están cultivadas y las que no lo están para ver donde florece la vida y donde no. Podar las viñas en el momento oportuno, no todas de la misma manera –las viñas más viejas, las más nuevas, el momento del año, el lugar– la teoría es la misma, el objetivo es conseguir un fruto lleno de sabor.

Creo que es aquí donde estamos y es esto lo que estamos llamadas a hacer, personal y comunitariamente, a escuchar al Espíritu, a discernir juntas qué necesitamos podar y qué alimentar para tener nueva vida. Creo que es importante recordar que no somos las dueñas de la viña, ¡que el dueño es Cristo! La experiencia de la gente con la que nos relacionamos, a nivel local y global, nos impulsa a trabajar el campo: son el sol y el suelo de todo lo que somos y hacemos. Somos trabajadoras que necesitan escuchar y prestar atención. También tenemos que recordar que no somos las únicas trabajadoras de la viña, y que probablemente el resultado será mejor si trabajamos juntos.

Como Sociedad internacional estamos a punto de entrar en un discernimiento en común. Se nos va a invitar a vivir este momento con una mente abierta, un corazón abierto, una voluntad abierta, para que seamos realistas y nos atrevamos a imaginar el futuro. Entrar en un discernimiento implica ponernos en una actitud de oración, de indiferencia y de desprendimiento. La pregunta central del Capítulo de 2016 sigue cuestionándonos: *¿Qué nos llama Dios a ser? ¿Qué nos llama Dios a hacer?* En la fiesta de Sofía, recemos juntas pidiendo valor y confianza.

La segunda de las reflexiones que les ofrezco es sobre las lecturas de Pascua, especialmente la de Jn 20, cuando María Magdalena va por la mañana temprano al sepulcro de Jesús, llena de expectativas y de dolor. Imaginen la impresión de María cuando vio y cayó en la cuenta de que la tumba estaba vacía. Lloró su pérdida, pero no echó a correr ni se derrumbó. Al contrario, penetró en la experiencia de la tumba. Descubrió algo nuevo cuando entró en diálogo consigo misma, con el ángel y con Jesús. Recibió el don y el consuelo de reconocer al Señor resucitado en un encuentro lleno de amor y de ternura. La experiencia de la tumba vacía y el encuentro personal con el Señor resucitado hicieron brotar en ella la esperanza y la capacidad de ir más allá de sí misma y de responder a la llamada de Jesús, el Cristo, para salir y proclamar lo que había experimentado.

Estamos viviendo un momento de Sábado Santo. Algunos escritores hablan de este tiempo como de una “fase liminal” –el espacio entre lo conocido y lo desconocido. De muchas maneras, el Capítulo General de 2016 fue una invitación a entrar en el espacio entre lo que ha sido y lo que será. Sin perder la fe en la presencia y en la llamada de Dios, en el Capítulo caímos en la cuenta de que “lo viejo está pasando”. En vez de huir o de caer en la desesperanza, somos llamadas a entrar en este momento del evangelio como co-creadoras, con Cristo, de una nueva creación, de un tiempo nuevo en el que se nos llama a proclamar nuestra misión y nuestro carisma de un modo nuevo.

Últimamente he estado pensando en el papel del diálogo en el discernimiento comunitario y especialmente en nuestra comunidad de la Sociedad que aspira a “construir un solo cuerpo”. Cada vez me hago más consciente de que somos un grupo muy diverso de mujeres, no solo porque procedemos de más de 41 países y culturas y hablamos distintas lenguas, sino también porque vemos el mundo y la vida desde perspectivas diferentes. No es fácil hablar, compartir y dialogar unas con otras. Si de verdad queremos y estamos dispuestas a discernir juntas, a construir el Cuerpo, a vivir nuestro Cor Unum, necesitamos fortalecer nuestra capacidad para entablar conversación entre nosotras sobre temas y situaciones en las que no necesariamente estamos de acuerdo. Si no encontramos modos para entrar en la experiencia del otro, para escuchar con respeto, para estar o no de acuerdo con cariño, corremos el riesgo de vivir unas vidas muy respetuosas, pero sin ser capaces de verdad de discernir juntos qué es lo esencial.

Finalmente, una reflexión sobre el evangelio de nuestra fiesta. Cada año vuelvo a leer el evangelio de la fiesta del Sagrado Corazón, sabiendo que sus palabras tienen algo que decir sobre mi vida y nuestra vida. Este año nos encontramos con Jesús muerto en la cruz. Los discípulos y su familia debieron experimentar fracaso –se había terminado lo que esperaban. El reino que habían imaginado no iba a llegar. Estoy segura de que María y las mujeres que rodeaban a Jesús, igual que los discípulos, estaban ancladas en la experiencia profunda de la muerte, olvidando por completo cualquier palabra o expectativa de vencerla y de resucitar. La primera parte de sus vidas había acabado.

Como dijeron los discípulos en el camino de Emaús, “nosotros esperábamos”. Y sin embargo existía el indicio de que lo que iba a salir –la sangre y el agua que brotaron de su costado– de las heridas que él llevaba, de las heridas de la humanidad y de la muerte que él vivió, era una nueva vida.

De algún modo, podemos parecernos mucho a los seguidores de Jesús que estaban al pie de la cruz, tan desconcertadas por la pérdida, el sufrimiento o la muerte que no somos capaces de reconocer los signos de nueva vida. Por propia experiencia sabemos que es necesario vivir el duelo. También sabemos que el dolor y el sufrimiento hondo nos empujan en algún momento a buscar nueva vida. Como religiosas del Sagrado Corazón estamos llamadas a entrar en el misterio del Costado abierto de Jesús, a entrar en el sufrimiento de Cristo y en el de la humanidad y permitir que la hondura de ese sufrimiento nos transforme desde nuestro interior en mujeres de esperanza. Nuestras Constituciones nos recuerdan que “la Eucaristía nos hace entrar en el misterio del Costado abierto de Jesús. En nuestra vida cotidiana celebramos y actualizamos por ella su muerte y resurrección prolongadas en los sufrimientos y esperanzas de la humanidad” (Const. 5). Necesitamos preguntarnos cuál es la nueva vida que buscamos, cuáles son las cosas con que tropezamos en el camino o que nos bloquean impidiéndonos ver la nueva vida, y qué es lo nuevo que nuestra comunidad quiere hacer porque Cristo ha resucitado.

Cuando recemos con Sofía en su fiesta y renovemos nuestros votos en la fiesta del Sagrado Corazón, sepamos que cada una de nosotras participa en este camino que emprendemos juntas. Se nos llama a todas a rezar en profundidad. Estamos llamadas a hacer más profundo nuestro amor –en el Corazón de Cristo, por cada una de nosotras y por nuestro mundo y su gente. Estamos llamadas a participar de cualquier manera que nos sea posible. Nadie es demasiado mayor o demasiado joven para ser co-creadoras de nuestro futuro. Recuerden: *Cada una tiene una responsabilidad fundamental de la que no puede abdicar y que nadie puede asumir en su lugar: la de vivir en la sinceridad de su corazón y de su vida, allí donde esté, el carisma de Santa Magdalena Sofía* (Const. 140).

Qué el Espíritu que ha guiado a Sofía en su vida nos fortalezca e ilumine. Pidamos a El que nos de los dones que necesitamos para vivir profundamente y unidos en este momento tan importante para la vida de nuestro mundo, nuestra Iglesia y nuestra Sociedad.

Con mucho cariño y oración al celebrar juntas nuestras fiestas,

Barbara mj.

Barbara Dawson RSCJ